á la multitud, é impidió que examinasen el cadáver. Dos dias despues se publicó una proclamacion real, ofreciendo dos mil libras de recompensa al que descubriese al asesino. En la noche misma apareció, como una terrible y perentoria contestacion, un anónimo pegado en la puerta de una casa, denunciando como asesinos del rey al conde de Botwell, á Sir Jaime Balfour y á David Chambers.

El cadáver estuvo expuesto en la capilla real, y fué en seguida sepultado en la bóveda destinada á la familia, á presencia del Lord Justicia Mayor y del capitan de Guardias de la Reina.

V

La sorpresa y el pesar que causó á María la catástrofe que acabamos de referir, hicieron que cayera gravemente enferma, de manera que los médicos fueron de opinion, que si no mudaba de residencia podria correr peligro su vida; en consecuencia, dejó el castillo de Edimburgo, y partió para una casa de campo llamada Seton, acompañada de Botwell y de todos los cómplices en la trama infernal que habia privado de la vida á su esposo.

Dos semanas bastaron para restablecer su salud y borrar enteramente sus pesares. Lejos de consagrarse al retiro y al duelo, el pueblo observó con escándalo, que la influencia de Botwell crecia todos los dias, y que la reina, como si nada de extraño y de terrible

hubiese pasado, se divertia en tirar al blanco, en union de su favorito, y ocupaba el resto de su tiempo en todo género de recreaciones.

La reina regresó á Edimburgo; pero solo permaneció una noche, y se volvió á Seton, disgustada sin duda de que llegara á sus oidos el clamor general que acusaba al conde del asesinato del rey. Fuerza fué someterlo á un juicio, cuando se presentó una acusacion formal del conde de Lenox, padre del difunto; pero este juicio mas bien fué un ultraje á la moral pública, que no un homenaje que demandaba la justicia. Botwell, con la frente levantada, con la mirada insultante y orgullosa, atravesó las calles de Edimburgo, y se presentó en la sala del tribunal acompañado de quinientos mosqueteros, prontos á hacer fuego sobre los jueces. Se concibe fácilmente que la sentencia fué absolutoria, y que el acusador se contentó con protestar, por medio de uno de los caballeros de su servidumbre, el cual corrido y desanimado, se retiró del tribunal á dar cuenta á su señor del modo como habia terminado tan escandaloso proceso.

A los pocos dias, y cuando la reina regresaba del castillo de Stirling, donde su hijo residia, se presentó repentinamente Botwell á la cabeza de ochocientos caballos, desarmó á la escolta, y tomando él mismo las riendas de la jaca que montaba María, la condujo prisionera al castillo de Dumbar, del que era gobernador.

Este crímen, que deberia haber excitado la indignacion de la reina, dió el extraordinario resultado de que se contratase un matrimonio entre el súbdito atrevido y la reina prisionera, que estaba apoyado con una exposicion que Botwell habia hecho firmar en una taberna á muchos nobles, entre el desórden de una orgía y los vapores del vino.

María, pues, cegada por una fatal pasion, hizo á un lado todo género de consideraciones y accedió al proyectado enlace, entrando triunfalmente en Edimburgo al lado del asesino de su esposo.

Botwell no solo tuvo que cometer un regicidio para llegar al lugar que ambicionaba, sino que deshonrar y hacer infeliz á una mujer noble, buena y virtuosa. Botwell era casado con Lady Juana Gordon, hermana del conde de Huntly, y como esto era un inconveniente, no se economizaron medios para vencerlo. Lady Juana fué acusada de adulterio, arrastrada ante el tribunal eclesiástico y condenada á la deshonra y al divorcio. Era tanta la degradacion de la nobleza en los tiempos que vamos describiendo, que ni el arzobispo, ni el hermano de Lady Juana, ni ninguno de sus muchos y poderosos parientes y amigos, se atrevieron á levantar la voz en favor de su inocencia y de sus derechos, sino que, por el contrario, abandonando su dignidad, sus deberes, y hasta los lazos de la sangre misma, se plegaron humildemente á la voluntad del asesino de Darnley.

Allanado este obstáculo, se leyeron las amonestaciones, y el matrimonio se verificó con toda solemnidad el 15 de Mayo, á las cuatro de la mañana. En la noche se encontró pegado en la puerta de palacio un papel, con el siguiente proverbio latino: *mense malas*

maio, nubere vulgus ait, que puede traducirse de esta manera: *solo las malas mujeres se casan el mes de Mayo.* Pero ni estos crueles anónimos, ni las murmuraciones del pueblo, ni los anatemas de Craig, fueron bastantes para desvanecer en la reina la pasion que habia concebido á Botwell. Mas elegante que nunca, salia frecuentemente á pasear con su esposo por los alrededores de Edimburgo, y no pensaba mas que en matar el tiempo, ó mas bien dicho, en ahogar los gritos de su conciencia entre la disipacion y las fiestas.

Algunas ocasiones, en medio de la música y del baile, se podia sorprender una mirada triste de la reina, y notar que una sombra melancólica bajaba sobre su pálido semblante; mas tarde, la experiencia, los desengaños y las desgracias domésticas vinieron á castigarla cruelmente de sus propias faltas. Los lores, bárbaros y degradados, no teniendo por norte y guía mas que su ambicion personal y el deseo de riquezas y de mando, muy en breve se volvieron contra Botwell, á quien antes habian ayudado en sus proyectos, y formando una conjuracion muy seria amenazaron á la reina, que en verdad, con todo y los errores de su corazon, era de un temple de alma superior á la nobleza de su tiempo. Esta crísis política se reagravaba con la situacion privada que guardaba la reina, mas desgraciada en su tercero que en su segundo matrimonio. Darnley, en verdad, habia sido voluble, ligero, calavera, disipado; pero Botwell era todavía peor; brusco, altanero y brutal; sus maneras eran poco delicadas y sus palabras ofensivas, al grado de que la reina,

á las pocas semanas de casada, derramaba abundantes lágrimas, y algunas veces fué necesario que le quitaran de la mano el cuchillo con que iba á matarse, prefiriendo el suicidio á los diarios y escandalosos altercados que tenia con su marido.

Sin embargo de estos sinsabores, fué preciso hacer frente á la conjuracion, que amenazaba á la reina hasta en su propio palacio de *Holy-Rood.* Para evitar el golpe de mano que meditaban los conjurados, la reina salió secretamente de Edimburgo y se dirigió á uno de sus castillos; pero perseguida allí de nuevo, tuvo que escapar vestida de hombre y en medio de las tinieblas de la noche, llegando á Dumbar con mucha dificultad y peligros.

Los conjurados no se dieron por vencidos, sino que sitiaron á la reina, y teniendo que celebrar con los sublevados una vergonzosa capitulacion, entró á Edimburgo en un mal caballo, con el vestido desgarrado y sucio del lodo y de la lluvia, con los cabellos en desórden y con el alma traspasada, á causa de las humillaciones á que habia tenido que sujetarse, y de los insultos que le habian prodigado los soldados amotinados.

Estos sufrimientos continuaron á su llegada á Edimburgo. Mientras atravesó las calles, hasta que llegó á la casa de la *Garita negra,* donde se le dispuso alojamiento, el pueblo furioso, desplegando una bandera donde estaba pintado el cadáver de Darnley, la seguia gritando palabras de venganza y de muerte: la noche fué dolorosa y agitada, los balcones y ventanas de la

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIV.

casa fueron deshechos á pedazos, y la bandera fatal no se separó de los ojos de la pobre reina, que casi moribunda se arrojó en un canapé, donde al siguiente dia la encontraron los lores confederados y la condujeron á *Holy-Rood*. Conforme á la capitulacion celebrada en las colinas de *Carbery*, la reina deberia quedar libre y continuar en el gobierno; pero como en esos tiempos, á pesar de la ponderada lealtad y fe de los caballeros, nada se respetaba, la capitulacion fué violada por los lores, y el 16 de Junio la reina fué arrancada violentamente de su palacio de Edimburgo y conducida prisionera al castillo de Lochleven, bajo la custodia de Lord Ruthwen[1] y Lord Lindsay, de quienes la historia dice que eran hombres brutales y feroces.

Botwell escapó para las islas de Orkney, donde se convirtió en un terrible pirata, que mas tarde invadió varias veces hasta los mismos palacios de Edimburgo; pero al fin fué aprehendido y encerrado en una prision en Dinamarca, donde terminó su agitada y culpable carrera.

1 Este Ruthven era hijo del que asesinó á Riccio

VI

La historia, y mas que todo la pluma de Sir Walter Scott, ha llenado de interés y de poesía los palacios y las calles de Edimburgo, los castillos y los lagos de Escocia: á cada paso se tropieza con una de esas ruinas históricas, que aun existen en medio de los campos cultivados con esmero, y de los ferrocarriles que pasan con la velocidad del águila; pero la imaginacion, desviándose un poco de todo ese materialismo que domina al siglo, se detiene un momento en la contemplacion de otras épocas y de otras costumbres, y tan pronto ve entrar á la hermosa reina de Escocia maltratada, pálida y abatida por las calles de Edimburgo, como la contempla á la cabeza de sus tropas y de sus caballeros de brillantes cascos y de pesadas arma-

duras, infundiéndoles valor con su presencia, y amor con el fuego de sus negros ojos.

Cada uno de aquellos guerreros turbulentos y feroces del reinado de los Estuardos tenia su castillo, y á este castillo, para la comodidad de la familia, ó para la seguridad, que era lo que mas importaba entonces, se le añadia, ya una torre, ya un puente, ya una muralla, ya una sala de armas; así, año por año iban variando quizá esas construcciones, cuyos restos, á pesar del tiempo, presentan una extraña irregularidad, y una variedad de arquitectura que á veces es muy notable. Generalmente los castillos se edificaban, ó en los desfiladeros de las montañas, ó cercanos á un lago ó á un camino real: junto del castillo estaba la aldea, y en la aldea ó aldeas, los vasallos que se reunian armados al llamamiento del señor feudal, ya para defender el mismo castillo y el país cercano, ya para hacer alguna excursion militar en favor ó en contra del monarca. La autoridad real, temida y respetada bajo muchos aspectos, era nula é insignificante, cuando á dos ó tres de los señores feudales les placia, por algun motivo, desobedecer al monarca ó rebelarse contra él. Nunca, en verdad, faltaban pretextos mas ó menos justos, y los errores de los reyes ocasionaban largas y prolongadas guerras civiles; pero tambien es cierto que, en lo general, la aristocracia era altanera, vengativa, cruel, sin otra regla mas que la de la fuerza, ni otro género de ocupacion preferente, mas que la guerra, por cuyo medio aumentaban sus dominios y sus vasallos, y añadian nuevos timbres á sus antiguos y

sangrientos blasones. Cuando un noble era maltratado, vencido ó asesinado por otro en alguna contienda, la venganza era necesaria, y el odio se trasmitia de padres á hijos, y sin consideracion alguna sacrificaban á este sentimiento la vida de sus vasallos, y turbaban la paz del reino. Así, los Douglas, todos guerreros, valientes y emprendedores, eran enemigos implacables de los Hamilton; así los señores de las tierras bajas estaban siempre en campaña contra los montañeses; así los miembros bastardos de la familia real de los Estuardos, unas veces se ligaban para gobernar, y otras se dividian para derribar y perseguir á los gobernantes de su misma familia. A este estado permanente de guerra civil, vino á reunirse la reforma religiosa: el celo de los reformadores era violento, y no se ceñia á la predicacion religiosa, sino que mezclados en todas las intrigas y en todas las conjuraciones, soplando la discordia y apoyando las persecuciones con textos de la Biblia, arrojaban mas y mas combustibles á la hoguera, que ya ardia desde los primeros años del reinado de María Estuardo. Tal era, muy en compendio, el estado político de la Escocia en la época en que, como dijimos en el capítulo antecedente, fué conducida la reina prisionera al castillo de Lechleven.

Si el tiempo ha destruido, en parte, con su mano de hierro los castillos, y roto sus almenas y torreones, las obras de la naturaleza subsisten hoy en el mismo estado, y con poca diferencia presentan el mismo aspecto que ahora trescientos años.

El castillo de Lochleven, propiedad entonces de los

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIV.

señores de este nombre, está situado en una isla en medio de un lago, entre el golfo de Edimburgo y el golfo de Tay, á distancia de una jornada de la capital. Es una construccion del siglo XIII, rodeada de un gran patio y con una torre redonda en cada una de sus alas. Frente á la fachada meridional habia un jardin pequeño, que todavía subsiste y está cultivado; pero que entonces tenia, por la clase de árboles que lo formaban, un aspecto sombrío, que se aumentaba con la triste niebla, que todas las mañanas se levantaba de las orillas del lago. Hácia el Oeste se divisa, desde las ventanas del castillo, el valle fértil y ameno de Kinross, donde existen las ruinas de una antigna iglesia católica: por el lado del Sur se eleva una cadena de montañas, cubiertas de espeso bosque, que se llama la serranía de Ben Lomond, que gradualmente va descendiendo, hasta que sus verdes colinas se hunden y pierden en las aguas mismas del lago.

A este lugar fué conducida la reina. Inmediatamente que salió de Edimburgo, los protestantes entraron en la capilla real de *Holy-Rood,* derribaron las imágenes y los altares, se robaron los vasos sagrados y algunas piezas de plata de gran valor, que eran de la propiedad personal de la reina.

Los lores colocaron en el trono á Jacobo VI, que tenia entonces poco mas de un año, y comenzaron á gobernar por medio de una regencia, formada por los principales gefes que faltaron á la solemne capitulacion de las colinas de Carbery.

Entre la multitud de acontecimientos importantes,

se pierde algunas veces la historia privada de la reina, que es la que hemos procurado trazar con cuanta minuciosidad ha sido posible. Parece que cuando se le condujo al castillo de Lochleven, fué en un mal caballo, sin permitirle ninguna comodidad ni descanso en el camino. Conociendo que era afecta al lujo y al esplendor, quisieron sus enemigos mortificarla hasta en estas pequeñeces, y la obligaron á que se quitase su trage real, sin permitirle que llevase ni una sola muda de ropa; así es que tenia que estar semanas enteras con un mismo vestido. De las cuatro Marías, solo aparece en compañía de la reina María Seaton: las otras tres se quedaron seguramente en Edimburgo, y una de ellas seguiria la suerte de su esposo, pues en alguno de los escritos aparece que María Fleming se casó en la época, poco mas ó menos, de la catástrofe de Darnley.

Como los lores conjurados necesitaban para su mayor seguridad que la reina abdicase la corona, redactaron el acta y comisionaron á Lord Ruthven y á Lord Lindsay para que la hiciesen firmar. Como era natural, se resintió tenazmente á autorizar un documento que la privaba de sus derechos al trono, supuesto que su hijo estaba en la menor edad; pero al fin, por temor, ó por las persuasiones de María Seaton, firmó, aunque algunos escritores mas modernos añaden que Lord Ruthven ultrajó á la reina, hasta el grado de dejar impresos en su blanco y torneado brazo los dedos de su guante de fierro. Es de creerse que estos hombres groseros y feroces emplearian todo género de in-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

sultos y de amenazas, para lograr que la prisionera, que conservaba en medio de sus desgracias todo el orgullo de su rango y de su raza, se resolviese á firmar.

Una vez que, sea como fuere, obtuvieron el documento que deseaban, no volvieron á molestar á la reina; pero confinada en una torre estrecha, y permitiéndosele pasear solo un momento en un jardin que no tenia mas de cincuenta varas, y vigilada constantemente por Lady Lochleven, que se habia constituido en su carcelera, la vida de la reina pasaba lenta, monótona, insoportable, y solo alimentaba de vez en cuando la esperanza de que sus amigos se reunirian el dia menos pensado, para libertarla de la prision y restablecerla en el trono.

Con esta esperanza pasó dias, semanas y meses: llegó el invierno con sus nieblas y sus nieves, y volvió la primavera con sus sonrisas y sus flores, sin que la situacion de la cautiva cambiase en lo mas leve.

Un dia se presentó á las puertas del castillo una gran comitiva de caballeros y pajes; y María, que estaba acostumbrada á la soledad, y se creia, á poco mas ó menos, sepultada en aquella triste prision, se asomó á una de las ventanas, y observó que lo que causaba aquel bullicio, era la llegada de su hermano el conde de Murray. María, en los tiempos de su poder, no solo habia colmado de honores y de distinciones al conde de Murray, sino que le habia perdonado faltas que otra soberana habria castigado con la muerte, ó al menos con una larga prision; así es que un rayo de esperanza consoló su corazon por un momento, pensando que

su hermano sabria devolverle en esta ocasion extrema los favores que habia recibido; pero esta ilusion se desvaneció en los primeros momentos de la conversacion. Murray, como si no hablase con su hermana y su bienhechora, le echó en cara con dureza sus errores, la insultó en su desgracia, y se retiró, por último, dejándola bañada en lágrimas, y encargando á la castellana que la tratase con mayor severidad. Murray aceptó en seguida la regencia de Escocia, y rompió con esto los lazos de cariño que existian con su hermana, poniéndose ya decididamente á la cabeza de la faccion que la habia arrojado del trono.

Volvieron, pues, la soledad, el silencio y la tristeza de la prision á caer sobre la existencia de María, hasta que un incidente poético, quizá el mas interesante de la vida agitada de la reina, vino á hacerle olvidar la funesta visita de su hermano. Hemos dicho que el pueblecito de Kinross estaba frente á las ventanas de la torre donde habitaba la reina: en las orillas de ese pueblecito se hallaba una iglesia que los protestantes habian arruinado, y entre esas ruinas habia observado la reina, todas las noches al acostarse, que con mucha regularidad se encendia una luz. Sea preocupacion, ó sea que para un infeliz prisionero no hay incidente, por pequeño que sea, que no le llame la atencion, el caso es que la reina consideraba esta misteriosa luz como la estrella que brillaba en el oscuro horizonte de su vida. En efecto, no tardó en aclararse el misterio; Jorge Douglas, hijo primogénito del mismo Lord dueño del castillo, enemigo y carcelero de la reina, mo-

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIV.

vido de las desgracias, pero mas que todo de la belleza de María, resolvió consagrarse á su servicio, y un dia que pudo hablarle á solas un momento, le declaró respetuosamente su amor; le dijo que su propósito era libertarla, aunque para ello debiese perder la vida, y le explicó que la luz de Kinross era la señal convenida entre los amigos, que esperaban ansiosos el momento de su libertad, para reunirse en gran número y restablecerla en el poder.

Dos veces se frustraron los proyectos de evasion, y Jorge Douglas fué arrojado de la casa de su padre; mas poniendo en el secreto á un muchacho pariente suyo, que habitaba el castillo, logró apoderarse de las llaves de las puertas y conducir á la reina hasta la orilla del lago, donde en una barca que estaba prevenida la condujo al otro lado de la isla. La noticia de la libertad de la reina se propagó por Escocia con la violencia de un rayo: todo ese pueblo indiferente y feroz olvidó en un momento los errores de su soberana, no acordándose mas que de su hermosura y de sus desgracias, se reunió á su derredor, de manera que cuando llegó al castillo de Hamilton, ya contaba con un ejército entusiasmado y numeroso.

El regente, que estaba cerca de Glasgow, quedó desconcertado con la noticia de la evasion de la reina y de las fuerzas que habia reunido; pero convirtiendo al dia siguiente su sorpresa en resolucion y actividad, reunió las fuerzas que pudo, las puso á las órdenes del conde de Morten, general valiente y hábil, y aunque inferiores en número, resolvió atacar al ejército de

la reina y salirle al encuentro, situándose en la aldea de Langside.

La reina asistió personalmente á la batalla, y contra todas las probabilidades, sus brillantes escuadrones fueron rotos, las fuerzas todas puestas en desórden y confusion, y hasta su generoso y valiente amante matado casi á su vista. No quedándole ya mas recurso que la fuga, abandonó el funesto campo de batalla, y seguida del Lord Herries y de algunos otros caballeros, caminó muchas leguas, hasta que hizo alto en la Abadía de Drundenan. Allí se entregó á un caballero inglés llamado Lowther, que ejercia el cargo de comisario fronterizo, acogiéndose á la proteccion de su parienta la gran reina Isabel de Inglaterra.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA